

**KÖLNER BEITRÄGE ZUR LATEINAMERIKA-FORSCHUNG**

Herausgegeben von Christian Wentzlaff-Eggebert und Martín Traine

# Serendipia: migración como oportunidad

editado por Christian Wentzlaff-Eggebert

Universidad de Colonia

Centro de Estudios sobre España, Portugal y América Latina

Universität zu Köln

Arbeitskreis Spanien – Portugal – Lateinamerika

Serendipia: migración como oportunidad.

Contribuciones de Christian Wentzlaff-Eggebert, Antonio José Pérez Castellano, Juri Jakob, Núria Lorente Queralt, Guillermo Siles, Mariela Sánchez, Sidonia Bauer, Enrico Lodi, Olivia Petrescu, Barbara Haggh-Huglo, Božena Wislocka Breit, Antje von Graevenitz, Ani Petrossian, R. Sergio Balches Arenas, Carlos Gómez Gurpegui, Ilka Csoregi, Mario Garvin y Martín Parselis.

El presente proyecto ha sido financiado con el apoyo de:



**CULTURES  
AND SOCIETIES  
IN TRANSITION**

y **SANTANDER UNIVERSIDADES.**

Köln / Colonia 2018

Arbeitskreis Spanien – Portugal – Lateinamerika  
Centro de Estudios sobre España, Portugal y América Latina  
Albertus-Magnus-Platz  
50923 Köln

ISSN 1438-6887

Redacción: Irma Mecevic, Martin Middelanis y Artur Müller-Nübling

MARIO GARVIN:

## TRES TIRSTES TIGRES. SERENDIPIA Y CRÍTICA TEXTUAL

### **Abstract:**

Textual scholarship could be defined as the process, which try to clarify how and why a text may have changed by the passage of time. Textual scholarships try also to restore the 'original' text, that should be understood as the text as intended by the author. On the other side, serendipity has been defined (Oxford Dictionaries) as the occurrence and development of events by chance in a happy or beneficial way. Starting from an analysis of the methods of textual criticism, in this article argues that serendipity - as defined - is not possible in this discipline, because these methods condition from the beginning the textual 'solutions' that can be 'found'.

### **Introducción**

El curso en el que se enmarcó este trabajo que ahora aparece como artículo proponía una reflexión sobre – cito de la invitación que se nos hizo llegar – "las circunstancias en que se producen las serendipias, es decir, hallazgos afortunados e inesperados en el momento oportuno"<sup>1</sup>. Esa invitación me planteaba una dicotomía inicial: podía optar, por un lado, en centrarme en la vertiente material de la literatura, en los libros y documentos, hallazgos en su sentido literal, o, por otro, en su vertiente epistemológica, teórica si se quiere, en los principios e ideas que rigen sus prácticas.

Ante esta bifurcación, el primero de los caminos es, creo, el más agradable y fácil de transitar. En él, cuando hablamos de hallazgos fortuitos, hablamos *strictu senso* de hallazgos reales, tangibles y, por ello mismo, resulta relativamente sencillo determinar cuáles son las circunstancias que lo provocan o, al menos, favorecen. Pensé en referir el encuentro del llamado Lazarillo de Barcarrota, una edición de 1554, del *Lazarillo de Tormes*, desconocida hasta entonces y que fue hallada tras una pared cuando en agosto de 1992 unos obreros hacían unas obras de reforma en una vivienda de esa localidad de la provincia de Badajoz. Otro ejemplo me lo dio la prensa, al informar, en abril de 2016, que en una mansión escocesa se acababa de encontrar una copia del *first folio* de Shakespeare. La lista de este tipo de hallazgos es fácilmente ampliable:

---

<sup>1</sup> Se trata, por tanto, de un trabajo dirigido a no especialistas, de ahí que sea muy moderado en la cita de bibliografía pertinente y remita solo a aquellas obras que considero punto de partida para profundizar en alguno de los temas propuestos.

ejemplares perdidos dentro de bibliotecas públicas o privadas, papiros hallados en Egipto, manuscritos desconocidos encontrados en lugares inverosímiles, etc., etc., y en todos ellos parece haber un patrón que se repite. En primer lugar, los autores directos del hallazgo nunca son conscientes de lo que encuentran; es siempre algún rasgo particular del objeto en cuestión el que lo hace interesante y ese potencial interés, posteriormente, es confirmado por un experto, otorgando al hallazgo la categoría de serendipia (siempre y cuando estemos en estos casos ante serendipias, algo harto dudoso). Obviamente, los obreros que encontraron el *Lazarillo* no eran conscientes de lo que tenían ante los ojos. Hallaron diez libros, sí. Tal vez leyeron la letra gótica del título y supieran así que estaban frente a un ejemplar del *Lazarillo* y vieran la fecha, escrita en números romanos. Pero dudo mucho que comprendieran la importancia edicótica que pudiera tener esa edición. Sabían, eso sí, que tenían delante libros viejos y que eso era un hallazgo de cierto interés. Del mismo modo, en la mansión escocesa donde se encontró el último ejemplar conocido del *first folio*, actuaron, como en tantos otros casos anteriores, movidos por la curiosidad, motivados a caso por los fastos del aniversario del cuarto centenario del bardo y sólo después los especialistas pudieron certificar la importancia de la obra. En principio, el libro era sólo un ejemplar antiguo de Shakespeare. No sé si para poder hablar de serendipia es necesario que el sujeto que realiza el hallazgo sea el mismo que constata su importancia. En mi opinión, los hallazgos en este ámbito material de la literatura no podrían ni deberían considerarse, en principio, como serendipias.

Este era, según decía, el primer camino; nos queda el otro, el inmaterial, bastante más complejo. La primera complejidad viene dada por una cuestión de definición. En principio, parece – es una impresión – que las serendipias se sitúan tradicionalmente en el mundo de las ciencias naturales, lo cual radica en parte – es otra impresión – en el hecho de que, en su mayoría, los hallazgos o bien son materiales (viagra, sacarina, velcro, etc.) o bien tienen, al menos, un correlato o al menos una aplicación en el mundo físico, como los rayos X, o el principio de Arquímedes. ¿Puede un hallazgo fortuito ser inmaterial? O, mejor dicho, ¿es posible entonces hablar de serendipia en el campo de las ciencias humanas? Creo que sí, siempre y cuando aceptemos aquí como 'hallazgo' una visión nueva y diferente de un hecho contemplado hasta ese momento de un modo distinto. De hecho, uno de los problemas del concepto de Serendipia es, según creo, que parte de una concepción exclusivamente física del mundo, como si este estuviera dividido en dos únicas esferas, la del conocimiento y la de lo desconocido, y la serendipia fuera el paso *casual* de la una a la otra: lo que no se sabía pasa a saberse, y si esto ocurre de modo fortuito, hablamos de serendipia. En las ciencias naturales, el saber no evoluciona

necesariamente de este modo —la evolución en la comprensión del átomo y su estructura son un buen ejemplo de ello — y por supuesto es un modo de evolución imposible en las ciencias humanas. En ellas, ningún hecho existe por sí mismo, si no siempre condicionado por nuestra visión de las cosas. Y esa visión que tenemos de cualquier hecho es, necesariamente, interpretativa a la vez que nuestros mecanismos interpretativos están condicionados por una suerte de paradigma que determina qué podemos y qué no podemos pensar, ver y observar. Quizá el Derecho sea un terreno ideal en el que observar este fenómeno: nadie ha 'descubierto' que no se puede pegar a un niño o agredir sexualmente a una mujer, simplemente nuestra valoración de estos hechos ha cambiado a lo largo de la historia. En las ciencias humanas, por tanto, los descubrimientos casuales, las serendipias, vienen condicionadas y favorecidas fundamentalmente por un cambio de perspectiva: quien es capaz de contemplar una situación determinada desde una óptica diferente tiene muchas posibilidades de ver en ella "cosas" antes no vistas (conexiones, patrones, relaciones, etc.) que quien las contempla del modo usual. En mi opinión, la boga actual de la interdisciplinaridad, por ejemplo, constatable empíricamente en cualquier convocatoria de programas o subvenciones, radica en que se contempla casi como garantía de éxito a la hora de abordar una investigación. Cada disciplina tiene sus propios modos de afrontar un determinado tema y esos modos condicionan la visión final de los hechos; el cruce de perspectivas, sin embargo, suele generar nuevos modos de abordar viejos problemas porque obliga a cada uno a replantearse los motivos por los que se transitan una y otra vez los mismos caminos.

Un ejemplo sencillo de este funcionamiento puede verse en un problema que que se popularizó no hace mucho en algunos medios y que desde entonces circula libremente por la red<sup>2</sup>. En un aparcamiento, que vemos desde arriba, a vista de pájaro, pueden verse una serie de plazas libres, numeradas. Una de ellas está ocupada por un coche, lo que nos impide ver el número de la plaza. El problema, entonces, consiste en deducir el número que falta en la serie. Lo que creemos ver es la serie numérica 16, 06, 68, 88, X, 98. Por ello, la mayoría de las personas comprende el problema como un desafío matemático e intenta buscar una lógica matemática tras esa correlación. La solución, sin embargo, es tan sencilla como verlo del otro lado y comprobar que la secuencia es correlacional: de derecha a izquierda 86, 87 (el número que falta), 88, 89, 90, 91. Algo tan simple no suele verse simplemente porque el problema se contempla de modo preconicionado.

---

<sup>2</sup> Redacción La Vanguardia: Un problema de lógica infantil se convierte en todo un fenómeno viral en China (en línea), 2014. Disponible en: <<http://www.lavanguardia.com/vida/20140610/54408867917/problema-logica-infantil-fenomeno-red-china.html>>.

A eso es a lo que me refiero cuando hablo de cambio de perspectiva, a esa capacidad de contemplar los problemas desde patrones alejados de los usuales.

En la historia reciente de la *Literaturwissenschaft*, sin ir más lejos, los cambios no sé si más importantes, pero sí al menos más aireados, han venido siempre provocados por el cruce de perspectivas con otras disciplinas: me refiero a todos los *turns*, *linguistic turn*, *pictorial turn*, *visual turn*, *material turn*, que suponen, por definición, un giro en el modo de observar determinadas cosas.

### **Principios de crítica textual.**

Nos acercamos así al núcleo de este trabajo, a la crítica textual ¿Qué ocurre pues en el caso concreto de la crítica textual? ¿Cómo se contemplan aquí determinados hechos y qué supone o supondría un cambio de perspectiva?, ¿son, en definitiva, posibles las serendipias dentro de esta disciplina?

Comencemos definiendo la función y objetivo de la crítica textual. Cualquier texto se transmite gracias a copias de sí mismo. Al principio de cualquier cadena de transmisión, por tanto, tenemos siempre – con excepción hecha de algunas tradiciones particulares, mal llamadas anónimas – a un autor que inserta, de modo directo o indirecto (es decir, escribiendo él mismo o, por ejemplo, dictando), un texto sobre un soporte material. A partir de ahí la transmisión avanza a partir de copias del texto inserto en ese primer soporte, y en ese proceso se producen una serie de cambios sobre el texto lingüístico, esto es, sobre la cadena de signos que el lector interpreta como lenguaje. Así, el objetivo de la crítica textual es identificar esos cambios a fin de devolver al texto el estadio original en el que lo concibió su autor. Por ahí, el elemento esencial de toda crítica textual es el error. La crítica textual – ha escrito un maestro como Francisco Rico – busca la verdad a través del error<sup>3</sup>, de ahí que este se convierta en su elemento fundamental. Para la crítica textual, 'error' es todo aquel elemento ajeno al autor. Por ello, en principio, después de comparar los diversos testimonios de un texto entre sí, lo único que tenemos es "un repertorio de variantes de calidad desconocida"<sup>4</sup>. Cuál de esas variantes trae la lección correcta o, para ser más exactos, si alguna de esas variantes es la lección correcta es el trabajo del crítico textual. Entonces, ¿cómo reconocemos el error?, ¿qué nos permite saber que estamos ante uno?

---

<sup>3</sup> "La critica testuale cerca la verità attraverso l'errore", Rico, Francisco, " 'Lectio fertilior'. Tra la critica testuale e l'ecdotica", en: Ecdotica, II (2005), pp.23-42, p.23.

<sup>4</sup> Blecu, Alberto:Manual de crítica textual, Madrid,1983, p.47.

Es necesario aquí, para comprender mi argumentación posterior, hacer una precisión terminológica. Cuando Rico escribe que se busca la verdad, se refiere con ella al texto *pretendido* por el autor, lo que en inglés se denomina *intended text*, el texto que el autor concibió, pensó, no el que realmente plasmó en el papel, por eso he escrito arriba que la crítica textual busca restituir el texto como fue *concebido*, no como fue *escrito*. De este modo, incluso en el caso – muy extraño o aun imposible para ciertas épocas, más común para otras – de que dispongamos del manuscrito autógrafa del autor, por tanto, es posible encontrar en él 'errores', que aunque provienen de mano del autor, habría que corregir ya que se supone que no eran intencionales.

Volvamos ahora al error. Para empezar a adentrarnos en la problemática, podrían servirnos ejemplos con los que nos encontramos a diario. Si en una noticia de periódico, por ejemplo, leemos que el *Persidente* viajó a tal o cual país, nuestro conocimiento de la lengua nos sugiere inmediatamente que el titular correcto debería leer *Presidente*. La idea subyacente, por supuesto, es la de que cualquier mensaje lingüístico busca la corrección, es decir, que la voluntad del autor, en principio, no puede ser la de cometer un error.

Del mismo modo, podemos identificar con relativa facilidad errores de lapsus, ya que estos suelen venir motivados por el propio contexto del texto en el que suceden y rompen de ese modo la coherencia del mensaje. Un buen ejemplo de ello es un artículo que apareció hace algún tiempo<sup>5</sup>. Trataba del juicio que se acababa de celebrar a un médico que habían cometido una negligencia durante una operación. El artículo, brevísimo, concluía informando que el doctor había sido absuelto pese a que la acusación pedía "*un año de cárcel*". Aunque más de uno crea que hubiera sido un castigo justo, nuestro conocimiento del mundo (sabemos que no es posible condenar a alguien a una enfermedad) y nuestro conocimiento del contexto nos hacen suponer que lo que ha ocurrido es una confusión entre la palabra que deducimos correcta en ese contexto, años de *cárcel*, y *cáncer*, que guarda una fuerte similitud fonética y gráfica con ella.

Cuando nos enfrentamos a una tradición con numerosos testimonios, este modo de proceder es más problemático, especialmente cuando alguno de los testimonios (o todos) traen lecciones *a priori* correctas. Ya no es confrontar un testimonio consigo mismo, sino enfrentarse a una serie de variantes de calidad desconocida, sobre todo cuando desconocemos la relación de los testimonios, esto es, quién copia a quién, cuál procede de

---

<sup>5</sup> Apareció en línea en el ABC (2002) y puede leerse aún en [http://www.abc.es/hemeroteca/historico-01-03-2002/abc/CastillaLeon/absuelto-el-medico-juzgado-por-desgarrar-el-bazo-de-una-paciente\\_81768.html](http://www.abc.es/hemeroteca/historico-01-03-2002/abc/CastillaLeon/absuelto-el-medico-juzgado-por-desgarrar-el-bazo-de-una-paciente_81768.html).

cuál. Si nos hallamos frente a errores como los que acabamos de ver en los periódicos, estos serán fácilmente identificables, aun cuando no sepamos de dónde proceden. De igual modo, gracias al contexto también podemos identificar un presumible error y, con algo de suerte, recabar algunas informaciones sobre la transmisión. Un ejemplo sencillo lo recoge Alberto Blecua en su *Manual de crítica textual*<sup>6</sup>. Los tres manuscritos del *Libro de buen amor*, S, G y T, leen el verso 1214c con una variante significativa:

**S:** vienen en derredor della, *balando*, mucha oveja

**G:** vienen en derredor della, *bailando*, mucha oveja

**T:** vienen en derredor della, *saltando*, mucha oveja

Gracias a nuestro conocimiento del mundo y del idioma, sabemos – suponemos, para ser más exactos – que la lección correcta debe ser la de S. Así, como explica Blecua, la lección de G, *bailando*, resulta ser una *lectio facilior* sobre S, es decir, una trivialización de la lectura *balando*. La lección de T, por su parte, es una innovación, buscando corregir la extrañeza que produce una oveja que baila.

Desde la Antigüedad se ha buscado facilitar la identificación del error. Para ello, suele partirse de una clasificación del error, de una tipología. El punto de partida es la clasificación en base a las cuatro categorías modicativas aristotélicas que ensayó Quintiliano en su *Instituto Oratoria* y que, a través del Renacimiento, ha llegado a nuestros días. Cualquier error, viene a decir, habrá sido causado por adición, omisión, alteración del orden y sustitución. Solo en fechas relativamente recientes se ha puesto en duda esta clasificación. La crítica, de Aurelio Roncaglia<sup>7</sup>, es que se trata de una tipologización descriptiva, que no atiende a las verdaderas causas que provocan el error. Por ello, el crítico italiano propone atender a los procesos psicológicos que, presumiblemente, provocan esos errores. Así, Rocaglia habla de errores a) de lectura, b) de memorización, c) de dictado interior y d) de ejecución manual. Esta última clasificación es bastante útil si se tiene en cuenta que corresponde con las que, siguiendo a Alberto Blecua, son las fases de todo acto de copia: "a) el copista lee un fragmento (una pericopa); b) lo memoriza; c) se lo dicta a sí mismo; d) lo transcribe; e) vuelve al modelo"<sup>8</sup>.

Ambas clasificaciones resultan coherentes en la teoría, pero son bastante problemáticas en la práctica por un motivo común: en la inmensa mayoría

<sup>6</sup> Blecua, op.cit, p.52.

<sup>7</sup> Roncaglia, Aurelio: *Principi e applicazioni di critica testuale*, Roma,1975.

<sup>8</sup> Blecua, op. cit, p.17.



de los casos, el proceso crítico tiene lugar sin conocimiento del original, es decir, los "errores" que sirven de base a esas tipologizaciones generalmente se han identificado como tales partiendo, precisamente, de esas clasificaciones previas. Se crea de este modo una suerte de círculo vicioso de difícil salida.

En principio, puede generalizarse diciendo que reconocemos como error – o *creemos reconocer*, si precisamos de nuevo – todo elemento que se aparte de la norma o de la regla que conocemos o hemos deducido. Por ello mismo, los errores más fáciles de detectar son los lingüísticos, es decir, aquellos que afectan a la ortografía y la gramática, ya que este es el ámbito en el que – al menos en la actualidad – la norma está más claramente definida. *Error* es por tanto aquello que se aparta de la norma. Así, en principio – todo es siempre *en principio*, porque luego pueden venir los problemas – habría que decidir que el título de este trabajo contiene un error. La palabra "Tirste" no existe, no la recoge el Diccionario de la Real Academia Española ni tampoco está documentada en corpus alguno; en cambio sabemos que hay una palabra casi igual, "triste", que sí existe. Sabemos, además, que en ese contexto, tiene sentido: "un tigre triste" es una realidad posible en el mundo que conocemos. Vale la pena mencionar que, dentro de lo posible, un *tigre triste* es casi tan raro como una *oveja bailando*. Sin embargo, sabemos que en español estas tres palabras forman un conocido trabalengüas; que, además, es un libro de Cabrera Infante, una canción de Chucha Candela además de, seguramente, muchas más cosas. Deducimos por tanto, de todo ello, que la lección del título es errónea y que el título debería haber sido, coherentemente, "Tres tristes tigres".

El error que afecta a la norma gramatical es, como he dicho, el más sencillo de detectar, pero también cuando afecta a otra norma podemos detectar un error, en el sentido de la crítica textual. O mejor, al revés: siempre que detectamos un error lo hacemos partiendo de una norma o regla de la que, suponemos, el modelo se desvía.

Fijémonos en este ejemplo del Quijote:

Don Quijote, que otra cosa no deseaba, se levantó y mandó a Sancho que ensillase y enalbardase al momento, lo cual él hizo con mucha diligencia, y con la misma se pusieron luego todos en camino<sup>9</sup> (I, XIII).

---

<sup>9</sup> Quijote, I, xiii, p.148. Cito a partir de ahora por la edición de Francisco Rico (Dir.): Don Quijote de la Mancha, Madrid, Edición del Instituto Cervantes, Galaxia Gutenberg, Círculo de Lectores, 2005.

Nada parece tener aquí los visos del error que habíamos visto anteriormente; es decir, no reconocemos ningún error de inmediato porque, lingüísticamente, todo tiene sentido. Pero la lingüística es solo una de las normas o reglas que podemos utilizar como punto de partida. Otra regla es el llamado *usus scribendi* de un autor, es decir, el conjunto de rasgos que permiten definir el estilo peculiar de cada uno: el vocabulario que utiliza, si adjetiva mucho o poco, la frecuencia de determinadas fórmulas, la longitud de las frases, etc, etc. Aplicado al caso que nos ocupa, una búsqueda de los contextos en que aparecen los verbos "ensillar" y "enalbardar", revela que Cervantes los utiliza sistemáticamente para las monturas respectivas de don Quijote y Sancho: "ensilló a Rocinante y enalbardó al jumento" (I, XVII), "Bien haya quien nos quitó ahora del trabajo de desenalbardar al rucio" (I, XXV), "ensilla, Sancho, a Rocinante y apareja tu jumento" (I, XLVI), "ensille a Rocinante, albarde el jumento y aderece al palafrén" (I, XLVI), "ensillase a Rocinante y enalbardase el jumento" (I, XLVII)<sup>10</sup>. A la vista de estos ejemplos, lo que según la regla lingüística nos parecía correcto, sería erróneo desde la "norma" del *usus scribendi*, de modo que habríamos de deducir que la lección correcta sería "enalbardase al jumento", y especular que la similitud tipográfica de "jumento" y "momento" jugaron seguramente una mala pasada al componedor, que – tal vez atraído por la expresión "con mucha diligencia" – transcribió "al momento".

### **Crítica de la crítica**

Hasta hace relativamente pocos años, el conocimiento del *usus scribendi* de un autor era algo que requería años de familiaridad con sus textos. Hoy en día, con la ayuda de la informática y el *big-data* es posible saber en pocos segundos datos que antaño hubieran requerido muchísimo más tiempo. Sin embargo, más allá del deslumbrante destello de estas aplicaciones, el *usus scribendi* no deja de ser una cuestión de estadística. Hasta aquí, he utilizado en este texto ocho veces la expresión "en principio". Podría haber usado otra, pero me he decidido por esta. De hecho, es muy probable que si sometieran mis textos a un análisis informático, este revelase mi predilección por esta fórmula frente a otras similares. Y, sin embargo, soy consciente de ello y podría, en cualquier momento, decidirme por otra alternativa para evitar la repetición monótona. Para un programa informático, sin embargo, la posibilidad de que una expresión como *a priori*

<sup>10</sup> El ejemplo lo trae el propio Rico, «Los nuevos textos del Quijote», en Comentarios a Cervantes: Actas selectas del VIII Congreso Internacional de la Asociación de Cervantistas. Oviedo, 11-15 de junio de 2012., Gijón, Gráficas Apel, pp.26-45. Disponible en: [http://cvc.cervantes.es/literatura/cervantistas/congresos/cg\\_VIII/cg\\_VIII\\_07.pdf](http://cvc.cervantes.es/literatura/cervantistas/congresos/cg_VIII/cg_VIII_07.pdf) (consulta 09.11.16).

fuera mía, sería mucho menor (solo la he utilizado, en este texto, en una ocasión). Hablamos, por tanto, de una cuestión de probabilidad y ese es, precisamente, el patrón que rige la mayoría de acciones en la crítica textual: la probabilidad de que un texto, un giro, una palabra, sea o no sea voluntad del autor.

Reandemos nuestros pasos ahora de una forma más crítica que descriptiva. Nos referíamos al comienzo a la relativa facilidad con que una variante puede identificarse como error cuando esta contradice la norma lingüística. Esta aseveración presupone varios aspectos. Ante todo, presupone en el crítico un conocimiento absoluto de la norma, de modo que esté siempre en condiciones de constatar la divergencia. Esto, por supuesto, no es real, sino probablemente imposible. Puede resultar útil para clarificar este aspecto pensar en lo que sucede en la didáctica de lenguas, concretamente, en la corrección de textos escritos. Estudios recientes muestran, por ejemplo, que la corrección de un mismo texto llevada a cabo por distintos profesores varía muchísimo. El motivo es relativamente simple: aún cuando tendamos a pensar lo contrario, tras cualquier corrección se esconde, no la consciencia de estar frente a un error, sino una *hipótesis de error* (Fehlerhypothese). La norma lingüística, por ejemplo, no es tan clara como uno podría pensar. *Canción*, en español actual, lleva tilde, es un caso donde no hay discusión. Pero, ¿qué ocurre con todas las palabras de uso común que la RAE (¿aún?) no acepta?. O, yendo a terrenos más complejos, ¿qué ocurre cuando un pasaje no tiene sentido?, ¿cuál de las verosímilmente numerosas posibilidades que lo tendrían es, sería la correcta?

En el caso del *usus scribendi*, por su parte, la situación es aún más compleja porque no podemos olvidar que para determinarlo es necesaria la certeza de que determinados elementos provienen realmente de un autor. Y esto sucede, en especial para la literatura antigua, en menos ocasiones de las que uno cree. En otras palabras: para poder determinar con certeza los hábitos de un autor sería necesario conocer el texto auténtico; si la tarea de la crítica textual es precisamente restaurar el texto *verdadero*, ¿puede recurrir para ello a métodos que necesitan precisamente de ese texto? Cuando digo yo y las cuento yo. Pero, ¿quién nos puede asegurar, volviendo al Quijote, que la variante correcta – i.e.: de Cervantes – no es al momento y que las otras fueron obra de copistas y cajistas? Es una cuestión, como decíamos, de probabilidad. Como hemos visto más arriba, delimitamos lo que es un error en función a una norma o regla. Para ser practicada, la crítica textual precisa de la certeza del error, y esa es una certeza que se da muy

raramente. En muchos casos, además, no hay solamente una norma a la que recurrir, p.ej. la gramatical, sino varias, p.ej. la gramatical y el uso.

Volvamos otra vez al título de este trabajo. Escribía arriba que, como "tirstes" no existe y sí en cambio "tristes", además en combinación con "tigres", debía tratarse de un error. Pero podemos argumentar también que es un error voluntario. Situado en el título de un trabajo sobre crítica textual, puede estar puesto ahí para ejemplificar un problema concreto, de modo que el aparente error no sería tal. En este caso, parece que la lógica interna del trabajo tiene más peso que la regla gramatical. Pero existen incluso casos en que no solamente se nos ofrecen varias reglas o normas posibles, sino que estas se contradicen sin que ninguna tenga, aparentemente, la razón.

Volvamos a la inagotable fuente cervantina. Hay un capítulo (I, IV) en el que don Quijote se topa con un labrador que está azotando a un muchacho atado a una encina y desnudo "de medio cuerpo arriba". Don Quijote pregunta "con voz airada" al labrador a qué se debe el castigo. El labrador cuenta que, por culpa del muchacho se le pierde cada día alguna oveja, y que, aunque el muchacho diga que le castiga por tacaño y para no tener que pagarle la soldada, el muchacho miente. Ofendido ante esto, Don Quijote le dice que lo desate y le pague. Luego:

El labrador bajó la cabeza y, sin responder palabra, desató a su criado, al cual preguntó don Quijote que cuánto le debía su amo. Él dijo que nueve meses, a siete reales cada mes. Hizo la cuenta don Quijote y halló que montaban setenta y tres reales, y díjole al labrador que al momento los desembolsase, si no quería morir por ello<sup>11</sup>.

La norma lingüística nos dice que en este pasaje no hay ningún error. Hay otra regla, sin embargo, que nos indica que tenemos un problema, porque si seguimos la lógica matemática nos indica que sí estamos ante un error:  $9 \times 7 = 63$ . No sería difícil, además, explicarlo el error, pues la similitud tipográfica de *sesenta* y *setenta* es evidente, lo que propiciaría la confusión. Pero hay una tercera lógica que contradice a la segunda y se alía con la primera, que es el *usus scribendi*, o más concretamente, la lógica interna de la novela. Así, la mayoría de editores modernos, desde Riquer, prefieren dejar la lección "setenta y tres". "Mantengo el error aritmético de la primera edición – escribe Riquer – porque no parece tratarse de una errata de impresión, sino de una equivocación que intencionadamente Cervantes hace cometer a Don Quijote, tan sabio en armas y letras, equivocación que naturalmente favorece al menesteroso" (Riquer, I, IV, p.124, n.8). Francisco

---

<sup>11</sup> Quijote, I, iv, p.69 y la nota en el volumen complementario, p.708, n. 69.13.

Rico, por su parte, anota en su edición del Instituto Cervantes, que si esto fuera como dice Riquer: "se entendería mal que no llevara comentario ninguno del autor ni suscitara la protesta de Haldudo", pero, pese a todo, también se inclina por conservar la lección. Según Rico:

"la razón más fuerte para conservar la lectura de *A* está en suponer que se trata no de un error, desde luego, sino de un lapsus de Cervantes, lapsus nada insólito (muchos lo cometemos reiteradamente) y tan poco ostensible, que ninguna de las ediciones más antiguas parece haberlo corregido".<sup>12</sup>

¿Quién tiene razón entonces, los que defienden la lógica matemática o quienes se apoyan en razones de otro tipo para mantener la lección? Imposible saberlo. Lo que me interesa aquí es mostrar que se trata, siempre, de defender lecciones que el crítico considera lógicas y coherentes respecto de una norma – del tipo que sea – deducible, razonable y justificable. El crítico textual – ya lo hemos visto – "busca la verdad a través del error", pero esa verdad, que corresponde al texto intencional del autor, es en ocasiones imposible de *re*construir. En no pocas ocasiones, lo que hace el crítico es construirla, siguiendo su propia lógica. Tiendo a pensar que, muchas veces, la crítica textual no acerca el texto ni al autor, ni al texto interior del autor, sino al propio texto interior del editor, a las expectativas creadas. La verdad de la crítica textual es aquello que el editor percibe como coherente con la norma o normas oportunas.

Llego con esto al final de mi trabajo y con ello, a la obligada respuesta a la pregunta con que comenzaba. ¿Es posible la serendipia en crítica textual? En el curso en que se leyó esta ponencia comencé mostrando en vídeo un ejemplo clásico de percepción selectiva<sup>13</sup>. En él, dos grupos de personas, unas vestidas de blanco y otras de negro, se pasan unas a otras una pelota de baloncesto. La tarea consiste en contar los pases que se da el grupo vestido de blanco. La mayoría de los espectadores acierta el número, pero muy pocos ven el gorila que se pasea por entre los dos grupos. Cualquiera que viese el video sin tener que contar los pases vería a ese gorila, es imposible no verlo. Pero si uno está contando pases, simplemente no lo ve. Es lo que ocurre, creo, en la crítica textual. La crítica textual busca la verdad a través del error, por tanto, solo caben dos categorías posibles. Serendipia no es una de ellas.

---

<sup>12</sup> La nota en el volumen complementario, Quijote, Vol. II, p.708,n.69.13

<sup>13</sup> El experimento aparece descrito en Chabris, Christopher & Simmons, Daniel: *The invisible Gorilla: How Our Intuitions Decive Us*, New York, Harper Collins, 2011. El video en cuestión, del que existen incontables versiones, está disponible en: <https://www.youtube.com/watch?v=vJG698U2Mvo> [consulta 09.11.16].

## Bibliografía

- ABC: Absuelto el médico juzgado por desgarrar el bazo de una paciente (en línea), ABC, 01.03.2002, [consulta 09.11.16]. Disponible en:  
<[http://www.abc.es/hemeroteca/historico-01-03-2002/abc/CastillaLeon/absuelto-el-medico-juzgado-por-desgarrar-el-bazo-de-una-paciente\\_81768.html](http://www.abc.es/hemeroteca/historico-01-03-2002/abc/CastillaLeon/absuelto-el-medico-juzgado-por-desgarrar-el-bazo-de-una-paciente_81768.html)>.
- Blecua, Alberto: Manual de crítica textual, Madrid, 1983.
- Chabris, Christopher & Simmons, Daniel: The invisible Gorilla: How Our Intiutions Decive Us, New York, Harper Collins, 2011 Botrel, Jean-Francois, 1999. "Pueblo y literatura. España, siglo XIX", *Actas del XIII Congreso de la Asociación Internacional de Hispanistas*, Florencio Sevilla y Carlos Alvar eds., Castalia, AIH, Fundación Duques de Soria, Tomo II, pp. 49-66.
- Redacción: Un problema de lógica infantil se convierte en todo un fenómeno viral en China (en línea), La Vanguardia, 12.06.2014, [consulta 09.11.16]. Disponible en:  
<<http://www.lavanguardia.com/vida/20140610/54408867917/problema-logica-infantil-fenomeno-red-china.html>>.
- Rico, Francisco, "Lectio fertiliior". Tra la critica testuale e l'ecdótica", en: Ecdótica, II (2005), pp.23-42
- Rico, Francisco (Dir.): Don Quijote de la Mancha, Madrid, Edición del Instituto Cervantes, Galaxia Gutenberg, Círculo de Lectores, 2005.
- Rico, Francisco: "Los nuevos textos del Quijote", en Comentarios a Cervantes: Actas selectas del VIII Congreso Internacional de la Asociación de Cervantistas. Oviedo, 11-15 de junio de 2012., Gijón, Gráficas Apel, pp.26-45.